

EDITORIAL

Hace unos doce años traté a un enfermo alcohólico, de un pueblo minero de la provincia de Teruel de unos ocho mil habitantes.

Su acusada personalidad y su "increíble" abstinencia hicieron que otros alcohólicos se fijaran en él e iniciaran un peregrinaje hacia su rehabilitación.

En el momento actual son ya veinticuatro los tratados. Dos docenas de hombres sencillos, bruscos y frontales.

Han organizado una Asociación de Alcohólicos rehabilitados y cuentan con la colaboración desinteresada y quincenal del antiguo médico de pueblo, joven desplazado hoy a Zaragoza.

Y he aquí el meollo de la cuestión, lo que obliga a reflexionar: hasta el día de la fecha no ha recaído, ni siquiera como intermitencia ocasional, ninguno de los mineros.

Si la presión consumista propicia el alcoholismo, no es menos cierto que el control social facilita la abstinencia. Puede pensarse que por vía de coacción, ¿convicción a la larga?, pero lo que es innegable es que veinticuatro familias mineras viven mejor y que ya no los dirige el alcohol: se mueven solos.